

X.

DURACIÓN DE LA EXISTENCIA DE LA RAZA INTELECTUAL EN LA SUPERFICIE DE NUESTRO GLOBO.—CONSECUENCIAS QUE DE ELLO SE DEDUCEN RESPECTO DE LA PROPORCIÓN DE ASTROS HABITABLES Y NO HABITABLES

Si comparamos ahora la posible duración de la vida de nuestro planeta con la duración probable de la humanidad terrestre, podremos con mucha aproximación afirmar que la raza humana no vivirá en la superficie de nuestra esfera más que durante un período diez ó veinte mil veces menor que el de la existencia total del globo telúrico.

Suponiendo pues,—(aunque gratuitamente, según demostraremos luego), que las condiciones de habitabilidad de los demás planetas son tan favorables como las de la Tierra para el desenvolvimiento de la vida, tendremos derecho de afirmar con buena lógica,—y más que por lógica por compasiva exageración favorable á la gratuita hipótesis de nuestros contradictores,—que de cada 15.000 astros sólo uno es habitable, y que entre treinta mil, sólo uno puede estar habitado.

CAPITULO IV.

La pluralidad de los mundos ante la Religión y la Ciencia.

I.

DE CÓMO EN LA DISCUSIÓN PRECEDENTE HEMOS OBRADO SIN PREOCUPACIONES TEOLÓGICAS

Rogamos al lector se fije en que al atacar en parte la tesis de la pluralidad de los mundos, no temimos hallar luego dificultades invencibles originadas por el dogma católico de la Encarnación.

Si la astronomía, con nuevos métodos y usando aparatos admirablemente perfeccionados llegara al fin á probar de modo evidente (¡no está próximo el día!) que las esferas celestes no sólo son habitables, sino que ciertamente se hallan habitadas, no afirmaríamos una proposición opuesta á los dogmas de la Fé, según luego lo demostraremos plenamente.

Ocorre, sin embargo, que ciertos pseudo sabios acusan con frecuencia á la Iglesia preguntándola en tono de desafío cómo se acomodarán nuestros dogmas á la Ciencia moderna, si esta demuestra la pluralidad de los mundos, que es, según dicen, la negación de los dogmas de la Encarnación y la Redención.

Pero nos será fácil desmentir á nuestros adversarios demostrándoles que los dogmas de la Iglesia se acomodarían perfectamente al hecho de que los astros fueran refugio de seres vivientes.

En efecto: ¿con qué derecho y con cual autoridad se atreven esos *sabios*,—que sólo conocen nuestros dogmas por los falsos escritos obra de plumas ligeras de autores incompetentes,—con qué derecho y con cual autoridad, repetimos, se atreven á decir que nuestra religión caerá por su base como falsa si se descubre que plugo á Dios crear muchos mundos, prodigando en ellos la vida?

¿Son por ventura teólogos capaces de formular de manera definitiva sus asertos?

No, y prueba de ello es la facilidad con que hemos de derrotarlos en el terreno teológico, que no les es propio.

sis si creen la rechazamos en absoluto.

No obstante errarán los defensores de la hipóte-

Hasta aquí no penetró en nuestras demostraciones la *preocupación dogmática*. Hemos combatido la tesis tanto porque no se apoya en pruebas como por que la Ciencia actual le es más adversa que favorable.

¿Quién duda de que si cual á ciertos pseudo filósofos nos convencieran las demostraciones sentimentales y nos arrastraran las fantásticas concepciones de la imaginación, gustaríamos mucho de vivir persuadidos de que en las llanuras del universo sideral viven,—en los mundos que gravitan en la profundidad del espacio,—seres parecidos ó superiores á nosotros?

También entonces gozaríamos de la felicidad de elevar nuestras almas hacia los seres astrales y del gusto de tender la mano á nuestros celestes hermanos y, á poderlos contemplar, seríamos felices uniéndonos á ellos con el pensamiento y con el co-

razón, para gloriar todos juntos al Dios autor de todas las perfecciones.

Pero, si á veces los utopistas son encantadores y seducen, la verdad tiene siempre derechos imprescriptibles.

Y la verdad nos dice que, hasta ahora, las hipótesis relativas á la población actual de los mundos solo son sueños más ó menos poéticos, que tal vez corresponden á una realidad, pero que, según la expresión de Boileau, como "Lo verdadero puede en algunas ocasiones no ser verosímil" son sueños con gran traza de inverosimilitud; sueños que la Ciencia actual desmiente en lugar de confirmarlos.

Por esto, siendo permitido acogerlos cual sueños agradables ó contemplaciones místicas, no estamos autorizados aún para aceptarlos como doctrina irrefutable basada en hechos ciertos.

Jamás negaremos á nadie la libertad de emitir hipótesis, más ó menos audaces, acerca de la pluralidad de los mundos habitados; pero, en modo alguno será lícito presentar las hipótesis con el ropaje de proposiciones demostradas por la Ciencia.

II.

FALTA DE LÓGICA Y EXAGERACIÓN DE LOS PARTIDARIOS EXTREMADOS DE LA TESIS QUE DISCUTIMOS.— SUS CONFESIONES

Los mismos novelistas de la Astronomía confiesan su falta de lógica en los raros momentos de lucidez mental, cuando conciben la verdad pura y la expresan como la conciben.

Antes de exponer su tesis prometen fundamentarla en pruebas irrefutables, capaces de convencer á los más sinceros y formales.

Y á continuación, cuando entran en los argumentos presentan sus elucubraciones en forma dubitativa, con perplejidad, abundando en expresiones tan embarazosas como las siguientes: "puede ser... podría decirse sin gran enfatismo... podríase pensar que... se puede imaginar sin temeridad... podemos suponer sin exageración... parece... es posible... etc., etc."

Lo cual no les impide sostener después, con imperturbable aplomo, todas las conclusiones menos demostradas.

En prueba de lo dicho citamos á modo de ejemplo á un autor contemporáneo, muy conocido. Sus numerosas obras, de parecido fondo y forma, son algo así como distintos romances basados en un mismo canto lírico: poemas siempre entusiastas de la pluralidad de los mundos habitados.

La exhuberante imaginación de tal autor lo lleva á las más extrañas y peligrosas concepciones; y

dentro de ellas abandona la lógica, pierde la estabilidad, y se lanza por los fabulosos campos ilimitados del infinito. Pero, entonces, no va directo al Sol de la verdad con alas de águila y vuelo seguro y potente: vuela como los cometas, describiendo zigzag irregulares, trazos inciertos, bandazos y aleteos sin belleza ni armonía, que pronto terminan en caída, golpe, choque contra el suelo.

Dice ese autor en uno de sus apasionados escritos: "La vida, se extendió de repente por el cielo haciendo estallar en pedazos la esfera que aquí abajo la ahogaba. La Astronomía ha engrandecido la esfera de la vida al agrandar el Universo. Ya no pesa la Ciencia bloques inertes que ruedan inútilmente por el espacio: no es un desierto infinito rodando en silencio durante la noche estrellada el que nos muestra el dedo de Urania á través de la inmensidad: es la Vida, la *Vida universal, eterna*, que agita los átomos en todos los mundos, palpita en las ondulaciones de la luz, brilla al rededor de todos los soles, se filtra en las atmósferas tibias y luminosas, deja oír sus bellas canciones en todas las esferas y vibra á través del infinito con acordes múltiples de armonía inmensa é inextinguible."

A no dudar, el autor de la página transcrita debe estar muy seguro de lo que dice. Al menos, él nos manifiesta que sostiene su tesis con el ardor de las convicciones innatas.

Veamos, no obstante, como el buen autor titubea al presentar las pruebas de su teoría: veamos como al hablar de sí mismo confiesa cándido (sin apereibir su ingenuo candor) que tras haber buscado, durante toda su vida las pruebas definitivas de su tesis, no ha encontrado, ni siquiera una. ¡Las pruebas huyen de él!

Oportuno será aprender su manera de razonar ó

el arte,—desconocido por Aristóteles,—de deducir de un argumento negativo, una conclusión afirmativa. Oigámosle pues:

“El que consagra la vida al estudio de los cielos, no sólo astronómicamente, sino y sobre todo dentro de la filosofía, sin que en largos años *haya dejado pasar* circunstancia alguna que descubra y ponga en evidencia los testimonios que ofrece la ciencia contemporánea en favor de la doctrina de la existencia de la vida ultra-terrestre; el que tenga por única ambición la de convencer á todos los espíritus inteligentes con las sublimes verdades que la Astronomía nos revela; aquel estudioso, digo yo, será feliz pudiendo presentar aquí los documentos indiscutibles demostraciones de que en la Luna, astro vecino, existe vida igual á la de nuestra Tierra.”

“¡Desgraciadamente, ese estudioso no logra la felicidad que ambiciona!... Y no la logra; cuando ya nos acercamos tanto al astro de las noches!...; cuando tan admirablemente distinguimos sus detalles!...; cuando con tanta exactitud conocemos su topografía!...; ahora que la Luna deja, por decirlo así, que la toquemos con los dedos!”

No es posible ser más ingénuo ni más inconsecuente. Porque, el mismo autor desgraciado, había escrito poco antes... “La síntesis astronómica lo abraza todo; nada hay fuera de ella; nada más que el error.”

Resumamos en otros términos.—Sólo la Astronomía nos enseña la verdad de las verdades; admitamos las proposiciones; creamos firmemente y sólo en lo que la Astronomía nos dice...

¿Qué nos enseña la Astronomía?—dice el aludido autor.

Pues, la Astronomía no nos revela trazas de vida en el astro más próximo á la Tierra. Por consiguie-

te, creyendo en esa ciencia cuya síntesis lo abraza todo y fuera de la cual no existe cosa alguna cierta, afirmamos que puesto que la Astronomía, ciencia de enseñanzas impecables no ha descubierto traza alguna de vida en la Luna, no hay en la Luna vida.

Tal es la conclusión lógica: pero, nuestro adversario la rechaza: y la rechaza asegurando que de las expuestas premisas *se debe* deducir que en la Luna existe la vida: porque “afirmar que la Luna es astro muerto sería incurrir en estrechez de criterio; y toda inteligencia acostumbrada á la contemplación mental se convence de que la existencia de todas las cosas tiende á un fin,—(así lo creemos—) y que el destino general de los astros es ser habitados. (Pero esto es lo que le falta demostrar: y ved, ¡cómo lo prueba!)—Así pues, la Luna, cual todos los demás mundos tiene algún fin—(conformes.)—y este fin, es la existencia de la vida en su superficie...” ¡No vemos cómo se puede deducir esta conclusión de aquellas premisas! no lo vemos, á no ser porque así *lo dice* un autor suponiendo cierto y demostrado el hecho que se quiere demostrar!

La antigua y buena lógica de Aristóteles calificaba de “círculos viciosos” las argumentaciones del citado género: pero... ¡todo ha cambiado con el modernismo! ¡hasta la lógica! todo ha cambiado ¡á raíz de brillar sobre nuestras cabezas el sol de la Astronomía! ¡Terminó la noche, se hizo la luz! Es que ¡oh lector bondadoso! según los novelistas de la Astronomía, la síntesis astronómica abraza todas las cosas, no hay verdad alguna fuera de ella!

Y satisfecho de tan *valiosas* pruebas, deseando librarse de la desgracia de no encontrar en la Ciencia la demostración irrefutable que buscó con tanta perseverancia, añade el astrónomo:

“¡Porqué no es el planeta Marte el que ocupa el

lugar de la cercana Luna? Si Marte se hallara donde la Luna, dada la perfección de los instrumentos de óptica podríamos ver en él los polos nevados, los continentes, los mares, las nubes, y los grandes ríos, los valles, las llanuras, los bosques, los campos cultivados—(¿existen acaso?)—las campiñas de variados y multicolores aspectos... Pero Marte permanece lejos—(¡que desgracia!)—y la Luna deja que la toquemos con los dedos.”—(¡Qué decepción!)

Escusamos todo comentario serio.

III.

CONCLUSION.

En resumen: según las palabras de uno de los más calurosos defensores de la habitabilidad de los astros resulta que los dos globos planetarios mejor conocidos, Marte, por hallarse aún tan alejado de la Tierra y no alcanzar á verlo en sus detalles los instrumentos de óptica más perfectos, y la Luna vecina próxima de nuestro planeta, no presentan huella alguna ni trazos de vida.

Por consiguiente, la Ciencia no sabe y no puede afirmar cosa alguna en favor de la tesis de los que afirman que en las esferas celestes existe la vida; y conste que esta conclusión es tan clara é innegable que hasta los partidarios de la vida universal la afirman. Pero, aunque debieran enmudecer ante la evidencia estamos seguros de que continuarán gritando, en todos los tonos, que son indiscutibles y luminosas las pruebas científicas de la habitación de los astros y que “ha sido precisa la ceguera voluntaria de la inteligencia humana y las tinieblas del error, de la ambición, y de la mentira para pretender lo contrario.”

No dejarán tampoco de seguir afirmando con la misma imprudencia que siempre que “todos los dogmas intolerables á nombre de los que se ha desolado la humanidad, con el hierro, la sangre y el fuego, las pretensiones de los pontífices, todas las pusilanimidades de la hipocresía, y en una palabra, todos

los errores seculares de las religiones tan pueriles como audaces deben desvanecerse en humo."

Patrimonio del siglo XIX han sido tales prodigios de audacia, de aberración, de inconsecuencia... Hijos suyos fueron esos hombres que en el momento de descubrir su ignorancia sienten que "el corazón les late con indignación y con horror" y acusan de ignorancia profunda, de perversidad, de estrechez de inteligencia á los hombres serios y fríos que, renusando el valor probatorio de las afirmaciones gratuitas no admiten cual verdad científica el quimérico sueño de las imaginaciones calenturientas.

La Ciencia pues, se halla lejos de afirmar que el fin general de los astros sea el ser habitados. En este punto la Ciencia no afirma nada, ó titubea y se inclina hacia el lado contrario.

En fin de cuentas ¿qué necesidad hay de que todos los astros que pueblan la inmensidad alberguen hombres inteligentes?

Obsérvese que la Tierra no está totalmente habitada. Alrededor de los polos y aún en las regiones cálidas hay vastas llanuras, inmensos desiertos donde apenas está la vida representada. ¿Es pues imposible que en las llanuras siderales haya desiertos inhabitables ó inhabitados?

En la hipótesis de que carezcan de vida veremos pronto cual debe ser su fin. Conste, no obstante, que la versión que demos no se ofrece con carácter de realidad cierta; es sólo una opinión probable, aunque tal vez la más conforme con las enseñanzas de la Ciencia moderna.

Nada tiene de particular que si unos astros son habitables otros no lo sean. Y nuestra opinión es la misma que el más eminente de los astrónomos contemporáneos,—Mr. Faye, Presidente del "Bu-

reau des Longitudes",—expone con su autorizada pluma de la siguiente manera: "El juego natural de las fuerzas cósmicas no tienen relación con el conjunto de las condiciones necesarias para la vida. Si fuese posible hacer una completa enumeración de esas condiciones—que, la mayor parte, son independientes unas de otras,—veríamos que en muy pocas ocasiones se encuentran reunidas, ni se dan en uno cualquiera de los globos."

Y aún dice más el sabio autor cuando concluye afirmando que "Sería pueril pretender que en el Universo solo puede haber un globo habitado, pero, también sería insostenible la creencia de que todos esos mundos están ó deben estar habitados." (1)

La misma es nuestra conclusión.

En otro folleto, continuación lógica de éste, examinaremos cuales son según la Ciencia los astros aptos para ser ó llegar á ser albergue de criaturas animadas.

(1) Faye. «Sur l'origine du monde». Pág. 305.